

# Conocimiento, legitimidad y el sueño de unidad caribeña

**Knowledge, Legitimacy, and the Dream of Caribbean Unity**

**Conhecimento, legitimidade e o sonho de unidade caribenha**

## Silvio Torres-Saillant

SYRACUSE UNIVERSITY

Profesor del Departamento de Inglés de Syracuse University, donde ostentó la Cátedra Distinguida William P. Tolley de la Enseñanza Humanística, después de haber completado dos períodos como Director del Programa de Estudios Latinos y Latinoamericanos. Fundó el Instituto de Estudios Dominicanos en City College de City University en Nueva York. Ha escrito influyentes análisis sobre la diáspora dominicana y ha situado la Negritud dominicana en el contexto de lo caribeño, de Latinoamérica, de Estados Unidos y del mundo. Sus publicaciones incluyen *An Intellectual History of the Caribbean* (Palgrave Macmillan, 2006), *Caribbean Poetics: Toward an Aesthetic of West Indian Literature* (Cambridge University Press, 1997), así como *El tigueraje intelectual* (2ª. ed. Mediabyte, 2011). Correo electrónico: saillant@syr.edu

Este texto fue presentado como conferencia magistral para inaugurar la 36ª Conferencia Anual de la Asociación de Estudios Caribeños, en Curazao, el 31 de mayo de 2011.

Versión al español de María Luisa Valencia Duarte. Traductora de la Universidad de Antioquia, Especialista en traducción en Ciencias Humanas y Literarias. Desde el 2006 es traductora para la revista *Tabula Rasa* y tiene traducciones publicadas en *El Malpensante*, *Estudios de Filosofía y Lingüística y Literatura*. Correo electrónico: marialuisavalencia@gmail.com

SICI: 0122-8102(201112)15:30<21:CLSDUC>2.0.TX;2-9

## Resumen

En relación con el tema de la 36ª Conferencia Anual de la Asociación de Estudios Caribeños: “La construcción de una casa nueva: hacia nuevos futuros caribeños en una era de incertidumbre”, este discurso inaugural acomete la exploración de dos tendencias que han caracterizado hasta ahora los estudios caribeños: una basada en la metáfora de la isla y la otra, en la perspectiva sinecdócica. Después de mencionar algunos ejemplos de estudios guiados por tales aproximaciones y de analizar sus riesgos y consecuencias, se bosquejan otros ejemplos que promueven esa construcción hacia un futuro de integración caribeña. Esto último, se afirma, no sucederá a menos que una mentalidad descolonizada permee los estudios de, en y desde el Caribe.

*Palabras clave:* continentalidad, complejidad, isla, integración, estudios caribeños, autoafirmación

*Palabras descriptor:* Conferencia Anual de Estudios del Caribe (36: 2011 may. 30-jun. 3, Curacao), incertidumbre (economía), desarrollo económico y social, Región Caribe

## Abstract

Complying with the theme of the Caribbean Studies Association 36th Annual Conference: “Building a New House: Towards New Caribbean Futures in an Age of Uncertainty” this keynote speech engages in the exploration of two trends that have characterized Caribbean studies so far –one based on the metaphor of the island, and the other marked by the synecdochical approach. After mentioning some examples of studies guided by those approaches and underlying their risks and consequences, the speaker proposes other examples that foster looking towards that future of integration of the Caribbean. The latter, he maintains, will not happen unless a decolonized mentality permeates the studies of, on and from the Caribbean.

*Keywords:* continentality, complexity, island, integration, Caribbean studies, self-affirmation

*Keywords plus:* Annual Conference of Caribbean Studies (36: 2011 may. Jun 30. 3, Curacao), Uncertainty (Economics), Socioeconomic development, Caribbean Region

## Resumo

Em relação como o tema da 36ª Conferência Anual da Associação de Estudos Caribeños: “Construção de uma nova moradia: em direção a novos futuros caribenhos em uma era de incertezas”, este discurso inaugural acomete a exploração de duas tendências que até hoje caracterizaram os estudos caribenhos: uma baseada na metáfora da ilha e outra na perspectiva sinecdócica. Depois de mencionar alguns exemplos de estudos orientados por tais abordagens e analisar os riscos e as consequências, esboçam-se outros exemplos que promovem a construção de um futuro de integração caribenha. Afirma-se que isto último não acontecerá, a menos que uma mentalidades descolonizada permeie os estudos de, em e desde o Caribe.

### *Palavras-chave:*

continentalidade, complexidade, ilha, integração, estudos caribenhos, autoafirmação

### *Palavras-chave descritores:*

Conferência Anual de Estudos do Caribe (36: 2011 maio 30 de junho 3, Curaçao), incerteza (economia), desenvolvimento econômico e social, Região do Caribe

RECIBIDO: 5 DE MAYO DE 2011. EVALUADO: 12 DE MAYO DE 2011. ACEPTADO: 03 DE JUNIO DE 2011

**BUENAS NOCHES** A todos los que han venido de cerca y de lejos a Willemstad, Curazao, para participar en este memorable encuentro de caribeñistas que se empeñan en la necesaria y gratificante tarea de entender la experiencia humana que tiene lugar en esta parte del mundo. Quisiera expresar mi más profunda gratitud al Presidente, Holger Henke, a la Coordinadora del Programa, Terry-Ann Jones y al Coordinador del Comité Organizador, Mark Hawkins, así como a todo el Consejo Ejecutivo de la Asociación de Estudios Caribeños, por darme la oportunidad de dirigirme a este ilustrísimo auditorio de actuales y futuros colegas en la Ceremonia de Apertura de la 36ª Conferencia Anual de la Asociación. Sinceramente, espero que el mensaje que traigo para ustedes esta noche pueda acercarse al grado de agudeza y esclarecimiento que con seguridad habríamos recibido en las palabras de Alfonso Múnera Cavadía, el gran historiador de la Universidad de Cartagena, ex decano de humanidades y vicerrector asociado de investigación, a quien la Asociación encomendó inicialmente el discurso inaugural de esta noche.

Conozco a Alfonso desde hace más de una década y he estado al corriente de la tenacidad de su defensa de las vidas, las luchas y las contribuciones de las gentes de la costa atlántica colombiana. Allí, las formas culturales de la gente, su visión del mundo y su modo de relacionarse con la realidad los distinguen de los colombianos del litoral pacífico y del centro andino (otras dos importantes regiones culturales del país). Oriundo de Cartagena, Alfonso ha escrito importantes obras que ayudan a arrojar necesaria luz sobre la magnitud del mundo caribeño, así como sobre la compleja relación cultural entre el Caribe y Latinoamérica, en especial en lugares donde esas dos geografías del conocimiento coexisten en los contornos del mismo estado-nación, como es el caso de Colombia. Entre sus estudios mejor conocidos, *El fracaso de la nación* (1998) plantea un convincente análisis de la región, la clase y la raza en el Caribe colombiano, mientras que *Fronteras imaginadas* (2005) emprende una búsqueda suplementaria en la construcción de la raza y la geografía en la Colombia del siglo XIX.

### **La contienda continental**

Conocí a Alfonso en el 2001, cuando aún servía a su país como embajador de Colombia en Jamaica durante la administración del presidente Andrés Pastrana Arango (1998-2002), y siento que sus años de residencia en Kingston le dieron acceso privilegiado a la textura de la vida caribeña como se la vive en la nación insular y anglófona de Jamaica. Dicha exposición debe haber contribuido de manera significativa a corroborar la amplia visión del espacio caribeño con la que ya se había comprometido como difusor del conocimiento de la región. Para esa época, Alfonso ya había fundado el Instituto Internacional de Estudios

Caribeños –hoy con sede en el campus de la Universidad de Cartagena– y había lanzado el Seminario Internacional sobre Estudios Caribeños, de frecuencia bienal (cuyo décimo ciclo –veinte años después de su inicio– se realiza este año 2011 en la última semana de julio en la Universidad de Cartagena). Desde el 2001, he asistido de manera asidua al Seminario de Cartagena, que reúne a caribeñistas de diferentes partes del mundo y da un espectro realmente amplio de disciplinas, perspectivas y lugares de investigación. Por la ubicación de Cartagena en el Caribe continental, el Seminario atrae a más conferencistas que trabajan en temas relativos a Belice, México, las Guayanas y las partes costeras de Centro y Suramérica de los que yo haya visto en cualquier otra reunión de caribeñistas. Antes de mi contacto con Cartagena, por ejemplo, no se me hacía natural reconocer el archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina como parte del territorio de mi campo de estudio aunque estuviera situado justo en el medio de la geografía telúrica y la experiencia humana del Caribe.

Como resultado del contacto con Cartagena, he cobrado más plena conciencia de la vastedad del espacio físico pertinente a mi *métier* que cuando comencé mi búsqueda en el paisaje y la civilización del mundo antillano. Me explico. Yo entonces no sentía que hubiera nada que objetar en denominaciones como “las islas” para llamar a toda la geografía telúrica que mi campo abarcaba. En mi primer libro, *Caribbean Poetics*, que Cambridge University Press publicó en 1997, el término archipiélago aparece en forma recurrente como sinónimo de los territorios acaparados por mi área de interés académico. El hecho de que mi estudio hiciera referencia frecuente a la producción literaria de zonas no insulares, como la Guyana y la Guayana Francesa (lugares cruciales en el Caribe que se asientan firmemente en la masa continental que la cartografía oficial identifica como Suramérica), no parecía invitar a reconsiderar la terminología insularista. Recordarán que Édouard Glissant dedicó mucho de su pensamiento a la articulación de la noción que llamó pensamiento “arquipelágico”, pese al hecho de que su misma zona francófona de la región desborda lo insular. Los Departamentos Franceses de Ultramar incluyen el territorio resueltamente continental de la Guayana, el mayor de los departamentos, que físicamente parece gigantesca comparada con la Martinica, tierra de Glissant, y su vecina, Guadalupe.

De manera similar, el muy celebrado ensayo interpretativo *La isla que se repite*, del escritor de ficción y crítico cubano Antonio Benítez Rojo, centra su reflexión sobre la cultura caribeña en torno a la imagen central de una isla que sigue reproduciéndose: un meta-archipiélago. Sin embargo, en su libro el autor dedica buenas páginas a una lectura de *The Palace of the Peacock (El palacio del pavo real)* del guyanés Wilson Harris y de *Los pañamanes* de Fanny Buitrago, oriunda

de Barranquilla en la costa atlántica colombiana. Podríamos decir que, escritas por autores de países de Suramérica continental y referentes a sujetos vinculados a sus entornos físicos particulares, *The Palace...* y *Los pañamanes* son novelas continentales. Puede admitirse que en el discurso de Glissant, así como en el de Benítez Rojo, el término “isla”, más que intentar nombrar una realidad geológica, conlleva principalmente una valencia metafórica con la ambición de apuntar a la textura de la vida en la región. El término da razón, quizás, de una relación particular con el mar y evoca la parafernalia discernible de una cultura diferenciada. No les regatearé a estos admirables hombres de letras antillanos su compromiso poético con descifrar la lógica de la significación en el mundo caribeño. Pero manifestaré cierta cautela en cuanto a la prevalencia de la metáfora en el estudio de la vida caribeña, en particular cuando la metáfora no ofrece correspondencia de fácil acceso a la realidad que busca designar o cuando se vuelve rutinario para los lectores tomar la evocación figurativa por descripción literal.

Hace un par de años que disfruté del privilegio de reemplazar a mi estimado mentor A. James Arnold cuando se retiró como editor de la serie *New World Studies*, la dinámica aventura que inició en la editorial de la Universidad de Virginia. En mi tiempo como editor recibí muchos proyectos de libros notables que tenían que ver con temas caribeños, y en la gran mayoría de los casos la metáfora insular dominaba el lenguaje. No exagero al decir que no recuerdo un solo manuscrito propuesto que hablara en forma explícita del Caribe como una región que incluye zonas tanto insulares como continentales. Me temo, en consecuencia, que si no tomamos las precauciones conceptuales necesarias para regular nuestra imaginación por medio de la concreción temporal y espacial, en ocasiones contribuimos a imponer la nomenclatura insular como descriptora de la fisionomía material del Caribe. Encuentro demasiados ejemplos en la bibliografía sobre el Caribe que me dan motivos para temer que los autores que usan el término “islas” lo emplean en una forma, a mi parecer, insuficientemente figurativa. Por ende, temo el letal impacto de ese uso insuficientemente figurativo de la metáfora insular. Creo, de hecho, que el efecto de la metáfora insular en mi imaginación puede haber moldeado mi percepción de tal forma que dejó zonas cruciales de la región caribeña fuera del alcance de mis ojos.

El afán insular puede haber restringido mi conciencia de la experiencia humana en el Caribe hispano a las palabras y acciones de los habitantes de Cuba, Puerto Rico y República Dominicana. Mi percepción puede bien haber carecido de la anchura necesaria para fijarme en Santa Marta, Barranquilla y Santa Catalina en la costa atlántica colombiana. Tampoco podría haber visto las correspondientes ciudades en México, Nicaragua, Honduras, Panamá y Costa Rica

como espacios localizados dentro de los contornos del mundo caribeño que me había lanzado a trazar. No se me ocurría, por ejemplo, que un país que bien podría considerarse latinoamericano por excelencia (como es el caso de Costa Rica) pudiera, en virtud de su litoral atlántico, exhibir lazos tan profundos con los corredores culturales que uno asocia con la textura de la experiencia caribeña. Baste mencionar la importancia del calipso entre los ritmos que conforman el legado musical costarricense, con la preponderancia de Puerto Limón como *locus* paradigmático. Esta música surgió en el país a través de una larga historia de flujos migratorios que habían cobrado importancia hacia finales del siglo XIX, originándose en su mayor parte en las vecinas colonias británicas. Para los años 40, el calipso había consolidado su presencia como expresión musical notable, con raíces que podían remontarse a la cultura de plantación del Caribe anglófono, pero con características distintivas que lo hacían reconocible como producto genuino de la creatividad afro-costarricense.

Temo que la metáfora insular pueda tener la consecuencia adversa de empequeñecer el lente a través del cual miramos la región. Hay que imaginarse las graves implicaciones de tal empequeñecimiento para nosotros los especialistas, que en cierto modo tenemos a nuestro cargo la organización del conocimiento del mundo caribeño. Me pregunto, nuevamente, si las excelentes obras literarias del poeta Rómulo Bustos o las del fascinante escritor de ficción Roberto Burgos Cantor, artistas literarios de primer orden procedentes de la porción caribeña de la república continental de Colombia, se me hubieran escapado de manera tan alarmante como lo hicieron en mi primer libro si yo hubiera estado menos cautivado por la metáfora insular al examinar el Caribe hispano. Creo que fue gracias a algunas declaraciones que dio Alfonso Múnera a un periódico colombiano, que por vez primera caí en cuenta de la precariedad de la imagen de la isla para evocar esta parte del mundo. Él dijo algo en el sentido de que si se miden todos los sitios caribeños se hallará que casi el 90 por ciento de su territorio combinado reposa tajantemente en suelo continental. En el sentido más concreto, entonces, contamos con muy poco que justifique la prevalencia de la imagen de la isla para indicar la parte caribeña del mundo.

Siento que he aprendido mi lección sobre los peligros de la insularidad en el lenguaje que empleamos para denominar la región de nuestros estudios, una lección que me ha inculcado algunos temores graves, pero, diría, saludables sobre el dañino efecto de tal lenguaje cuando el mismo marca nuestra manera de imaginar los lugares y las gentes que presumimos nombrar. Solo ofreceré como testimonio que cuando Peepal Tree Press en Gran Bretaña se interesó en publicar una segunda edición de *Caribbean Poetics*, yo aproveché la oportunidad

para volver al texto con la intención principal de rectificar cada uso en el libro en que yo hubiera representado la región de manera injustamente insular. Quería corregir un lenguaje mediante el cual hubiera reducido la dimensión física, la topografía, la demografía y, en consecuencia, la complejidad general del Caribe.

### **Continentalidad y complejidad**

Cuando reconocemos la continentalidad de la mayor parte de la región que como caribeñistas estudiamos, la naturaleza misma de nuestro oficio se vuelve menos familiar de lo que antes pareciera. Nuestro campo se amplía en magnitud en los niveles materiales y conceptuales. Cuando permitimos que el Caribe continental cuente como parte de la geografía de nuestros estudios, la demografía de las poblaciones que habitan nuestro tema se vuelve significativamente más variada que si concentramos nuestra atención en las islas. Cuando pensamos en islas, las discusiones sobre identidad etnoracial, ascendencia cultural, producción intelectual y empoderamiento político asumen a menudo una etnografía estable que presenta a negros, mulatos y blancos con unos cuantos culis en interacción mutua con grados variables de conflicto, colaboración, entremezclamiento, tensión y coexistencia. Las poblaciones amerindias, con sus lenguajes, sus sistemas de creencias, sus tradiciones especulativas, sus antiguas historias y sus crónicas de resistencia a lo largo de más de cinco siglos de agresión colonial, rara vez entran en la conversación.

Cuando pensamos en islas, fácilmente tenemos a nuestra disposición narrativas estándares de genocidio terminal, la exterminación de habitantes indígenas y la destrucción de su cultura. Casos de supervivencia excepcional en lugares como Saint Vincent o los esfuerzos de recuperación emprendidos por algunos académicos y activistas culturales que plantean la presencia del patrimonio taíno en el Puerto Rico actual no alteran de manera apreciable el guión dominante que relega al indígena a un pretérito irremediable. Pero cuando desarrollamos la voluntad de ver y reconocer el semblante de las comunidades amerindias en las partes caribeñas de los países de Centro y Suramérica –como México, Colombia, Venezuela, Honduras, Costa Rica y Panamá–, además de los principales baluartes de supervivencia amerindia en Surinam, Belice, Guyana y Guayana Francesa, encontramos que los indígenas viven. Vemos que se mantienen indómitos entre nosotros pese a la violencia, el despojo y la descalificación que han soportado desde el comienzo de la transacción colonial a partir de 1492 y nuevamente desde el surgimiento de las repúblicas soberanas posteriores a los movimientos independentistas del hemisferio. A medida que constatamos que la presencia indígena no se ha desvanecido y habita los terrenos de nuestro interés académico como

caribeñistas, vemos que nuestro campo se hace más difícil de estudiar de lo que habíamos previsto al comienzo. Ahora tenemos más idiomas, más religiones, más historias culturales, más memorias de resistencia, más historias de supervivencia; en resumen, mucha más experiencia humana que explicar cuando emprendemos el análisis, el aprendizaje, la enseñanza y la defensa del mundo caribeño.

Curazao nos ofrece una ocasión ideal para meditar sobre la dificultad de nuestros estudios como caribeñistas y aceptarla. Este lugar hermosamente pequeño, con su clima humano, cayó primero bajo la mirada de los depredadores europeos al comienzo de la transacción colonial como hogar de una sociedad indígena autónoma. La rapacidad imperial cristiana, con su característico desdén por la diferencia y su arrogante presunción de autosuficiencia intelectual, subyugó a la población, desarticuló las amarras internas de la sociedad nativa y construyó sobre ella un asentamiento colonial español. Unos 135 años más tarde, los holandeses protestantes, competidores imperiales de la España católica, arrancaron el bastón de mando colonial de las manos españolas y comenzaron su propia tarea de dominación equiparable. En el camino, atravesando la relación entre los colonizadores europeos y su fuerza laboral subyugada dentro y fuera de la plantación, evolucionó un proceso cultural que le dio rienda suelta al surgimiento de expresiones creoles en el lenguaje, la música, las prácticas religiosas y la visión del mundo. Quizá el papiamento transmite el resultado de ese proceso cultural de manera más sugerente aun cuando haya sido desacreditado por José Martí, antillano por lo demás venerable.

Si elegimos estudiar Curazao, la isla mayor y más densamente poblada de lo que solía llamarse Antillas Holandesas, encontramos un “país de cuatro pisos”, para tomar prestado el término acuñado por el escritor boricua José Luis González cuando describe la combinación de patrimonios que constituyen el linaje puertorriqueño. El ancestro compuesto del curazoleño también consta de por lo menos cuatro capas de historia cultural: un primer piso heredado de la población nativa que vivía allí en 1499, un segundo piso resultado de 135 años de colonización española y un tercero, producido por el período de dominación holandesa, el cual se fusiona en un cuarto piso que surge de las contribuciones de los africanos esclavizados. Participando de cada uno de los pisos precedentes, este acumulado culminó en una cultura creole dominante. Curazao es grande en comparación con Aruba, Bonaire, Saba, San Eustaquio y Sint Maarten (los demás territorios insulares en la esfera de influencia colonial holandesa), pero aun en el presente no alcanza los 150 mil habitantes. Sin embargo, para estudiarlo bien, como lo indica mi sucinto esbozo de su historia cultural, se necesita dominar varias lenguas, varias historias coloniales y varias tradiciones culturales.



Uno piensa en la presencia que los idiomas ibéricos y las culturas hispanas han seguido teniendo en la vida diaria de la gente de Curazao. Los elementos ibéricos en el papiamento superan el legado lingüístico holandés, y, en general, la gente aquí habla español. El historiador y hombre de letras John de Pool eligió el español como lengua literaria para componer su libro *Del Curazao que se va* (1935), nostálgicas memorias donde evoca la calidad de la vida cotidiana en el Curazao de su infancia y su juventud en las últimas décadas del siglo XIX. El libro apareció en una traducción al holandés apenas en 1985, casi cuatro décadas después de la muerte del autor. Mirando una bibliografía de literatura dominicana de la primera mitad del siglo XX, meditaba recientemente sobre la frecuencia con la que encontraba libros de poesía y crónicas que señalaban a Curazao como lugar de publicación. John de Pool terminó sus años en Panamá, después de gozar de gran prestigio como especialista en la trayectoria y la carrera de Simón Bolívar, el célebre libertador cuyo ejército revolucionario incluyó a importantes líderes procedentes de Curazao, principalmente Manuel Piar y Luis Brión.

Cuando yo era chico en Santiago (República Dominicana), Curazao era un destino frecuente para pequeños empresarios de mi vecindario y sus inmediaciones, en especial mujeres, que iban a comprar ropas y joyas para venderlas a sus compatriotas al regresar. La memorable novela *Dubbelspel* (1973) de Frank Martinus Arion captura de manera irresistible la atmósfera de un momento en el Curazao del siglo XX marcado por el dinamismo económico, cuando las refinerías petroleras del Caribe neerlandés activaron temporalmente el comercio, estimulando la movilidad de mano de obra migrante desde los distintos territorios de esa zona. Incluso las escenas que destacan las palabras y acciones de las trabajadoras sexuales que compiten por clientes en el famoso burdel llamado Campo Alegre hacen un énfasis palpable en el lugar de Curazao como encrucijada de lenguas, culturas y etnicidades. Finalmente, la lengua inglesa ha seguido en continuo desarrollo en Curazao desde el breve período en que la isla se convirtió en colonia británica a comienzos del siglo XIX, pasando por la inmigración anglófona en décadas siguientes, hasta el aumento del turismo y el impacto local del auge del inglés como *lingua franca* de la economía global más recientemente. Espero que estos detalles dispersos basten para justificar mi insistencia sobre hasta qué punto debe uno prepararse para hacerle justicia al estudio de este pequeño lugar que alberga a esta 36ª Conferencia Anual de la Asociación de Estudios Caribeños.

Insisto en la dificultad de conocer Curazao con el propósito de proclamar la dificultad de conocer el Caribe. Celebro el Seminario de Cartagena porque atrae a participantes que hacen investigación sobre los escenarios más dispares de los que yo haya sido testigo desde que me incorporé a la profesión. Allí he oído a

conferencistas que se dedican a la geografía telúrica del Caribe insular y continental, así como a la geografía cultural creada por ciudadanos o residentes de descendencia caribeña en Estados Unidos, Canadá y Europa. También he oído discusiones de temas relativos a comunidades que abarcan el mayor número de casos etnoraciales de identidad y pertenencia: negros, mulatos, blancos, árabes, judíos, asiáticos de variado origen, grupos indígenas de diferentes ascendencias e híbridos de diversa estampa. Como resultado de la multiplicidad de segmentos de la experiencia caribeña con los que he entrado en contacto allí, el Seminario me ha dado una conciencia más profunda de las numerosas áreas de ignorancia a las que debo hacer frente al acometer el estudio del Caribe. En consecuencia, se me ha hecho alarmantemente difícil confiar en el razonamiento sinecdóquico para hacerle frente a la tarea colosal de pronunciar me con certidumbre sobre la vida caribeña.

#### La perspectiva sinecdóquica

Como lo sabemos desde la instrucción temprana en las figuras retóricas, la sinécdoque –en una de sus manifestaciones– nos otorga el poder expresivo de referirnos al todo nombrando solo la parte. La frase latina para describir este recurso retórico señala en forma sucinta *pars pro toto*. Basándome en casos en los que los académicos hablan de su parte lingüística de la región caribeña como si fuera el todo, ofreceré algunas ilustraciones de la perspectiva sinecdóquica en cuanto se aplica a la difusión del conocimiento caribeño. Eliseo Colón Zayas, operando desde Puerto Rico, conforma un volumen que compila textos de autores de Cuba, Puerto Rico y República Dominicana y lo llama *Literatura del Caribe, antología: siglos XIX y XX* (1984; 2002). El problema es no solo que el editor de la antología considera la inclusión de textos exclusivamente de su área lingüística –la zona hispanófono– sino que además omite toda la producción literaria del Caribe hispanohablante continental.

De manera similar, en 1989, los escritores martiniqueños Patrick Chamouiseau, Raphaël Confiant y Jean Bernabé unieron sus plumas para componer *Éloge de la créolité*, manifiesto en el que anuncian al mundo el surgimiento de la criollización en el Caribe como nueva forma de identidad humana, la cual describen en cada aspecto como si acabaran de descubrir el fenómeno. En su planteamiento, no hacen una sola referencia a escritores y pensadores activos fuera de su parte francófona en la región. Como resultado de su aparente desinterés –cuando no de su absoluta ignorancia– por la bibliografía sobre el fenómeno de la criollización que se produjo en el Caribe durante varias generaciones antes que ellos, ofrecen la imagen de una población caribeña desconocedora hasta 1989 del tipo

de formas culturales que ha primado en la región. De no haber operado bajo el ensalmo del razonamiento sinecdóquico, podrían haber hallado en el Caribe hispanohablante, anglófono, holandés y creolófono toda una historia discursiva en torno a la criollidad formulada por intelectuales y artistas de la región desde el poema *Espejo de paciencia*, de 1608, escrito por Silvestre de Balboa, hasta el legado de Nicolás Guillén, sin olvidar la fascinante obra de Kamau Brathwaite más adelante.

De la misma manera, Denis M. Benn, colega adscrito a la University of the West Indies, produce un necesario volumen que se compromete a cartografiar la historia de las ideas en la región. Lo llama *The Caribbean: An Intellectual History, 1774-2003* (2004), pero su mirada académica se queda cómodamente en la esfera angloparlante. Podría uno atreverse a decir que los académicos de las tres principales zonas lingüísticas de la región (hispanohablante, francófona y angloparlante) conspiran inopinadamente, casi como a un unísono orquestado, para hacer silencio sobre la impresionante historia de producción de pensamiento y creación artística que ha tenido lugar durante varios siglos en Surinam, Saba, San Eustaquio, Sint Maarten, Aruba, Bonaire y Curazao.

Uno de los esfuerzos más admirablemente inclusivos al cartografiar la producción intelectual y literaria del Caribe en años recientes ha sido la colección, editada por O. Nigel Boland, *The Birth of Caribbean Civilisation* (2004), que consta de 45 textos; nueve de ellos son fragmentos de textos francófonos, trece proceden de fuentes hispanas (puertorriqueñas y cubanas únicamente) y veintitrés son escritos provenientes de la zona anglófona. Sin embargo, no carece de exclusiones graves. La omisión más estridente no es solo la ausencia de texto alguno escrito por autores pertenecientes al Caribe neerlandés, sino la falta total de la más mínima justificación dirigida a explicar la exclusión. Se hace difícil no deducir de ese silencio que Boland, en su condición de editor, no consideró la ausencia de voces del Caribe neerlandés digna de explicación por imaginarse a un público lector a quien dicha ausencia no le provocaría ninguna molestia. Ese público lector, por supuesto, nos incluye a todos los presentes en este auditorio, pues somos nosotros –los estudiosos– quienes usamos esas compilaciones para nuestras clases y para recomendar materiales a nuestros estudiantes.

### **Conocerse y protegerse unos a otros para construir futuros**

Antes de terminar, permítaseme reiterar el meollo de mi mensaje de esta noche. Creo que tanto la metáfora insular usada en forma irreflexiva como la perspectiva sinecdóquica (cuando va desprovista de la debida acotación) impiden a los caribeñistas tratar con justicia la región que estudian. Cuando los estudiosos

naturalizan estos usos, imponen patrones de representación que interfieren con nuestra capacidad de percibir la región en su totalidad y de vislumbrar la unidad regional que debemos imaginar para trabajar por un futuro compartido de cohesión en el Caribe. Creo que los pueblos del Caribe deben conocerse entre sí o, por lo menos, reconocer su mutua ignorancia antes de poder avizorar la articulación de proyectos comunes en las décadas venideras y el siglo que azarosamente hemos comenzado. Si no nos conocemos los unos a los otros, seguiremos enterándonos de lo que somos por vía de terceros, concretamente por vía de los relatos escritos por nuestros detractores a través de los siglos.

Podemos pensar en el menosprecio hacia la humanidad negra radicada en las Antillas británicas que quedó plasmado en la obra *History of Jamaica* publicada por Edward Long en 1774, o en el libro de viajes *The West Indies and the Spanish Main*, fechado en 1860, en el que el destacado novelista inglés Anthony Trollope proclamó la incompetencia de los negros para darle un uso constructivo a la libertad que la emancipación les había concedido. Similar ilustración podrá venir del libro del historiador James Anthony Froude *The English in the West Indies, or The Bow of Ulysses*, una obra de 1888 que contiene hallazgos invaluables como la afirmación de que los habitantes afrodescendientes del Caribe no éramos en realidad personas en el estricto sentido de la palabra. Esta o cualesquiera otra serie de ejemplos que se elijan nos mostrarán que aún nos queda una tarea de autoprotección con respecto a una lógica colonial que durante largo tiempo ha buscado disminuir la valía de la persona antillana. Algunos podrán decir que sueño anticuado en las preocupaciones que planteo, que parece que siguiera combatiendo fantasmas de un pasado remoto. Quizá deba bajar mi lanza anticolonialista, pues ese tipo de lucha ya no se aplica al momento poscolonial de nuestra sociedad posmoderna.

Recuerdo una clase de posgrado en abril de 2001 en la que procuraba provocar la reacción de mis estudiantes ante el hecho de que todavía en la década de 1960 el novelista trinitario V. S. Naipaul pudiera sentirse confiado de valerse de los escritos de Trollope y Froude como fuentes válidas de información y conceptos para evaluar la región del Caribe en su controvertido ensayo *Middle Passage*, obra comisionada por el historiador Eric E. Williams, quien entonces se encontraba a la cabeza del primer gobierno independiente de Trinidad y Tobago en condición de Primer Ministro. Mi provocación buscaba plantear a los estudiantes el manejo del conocimiento por el que se había transado Naipaul como asunto de perplejidad ideológica. Pues había que explicar el que dicho escritor optara por dignificar a comentaristas británicos ardientemente negrofóbicos que habían descalificado a la persona antillana y que hiciera caso omiso de la obra

importante de un compatriota suyo, el educador John Jacob Thomas, cuyo polémico ensayo *Fraudacity* (1889) demostró de manera contundente la falta de seriedad académica principalmente del texto libelista de Froude. Desmontando la pobreza metodológica y el manejo antojadizo de los datos en la obra del historiador inglés, Thomas establecía que, en vista de su erudición endeble y fraudulenta etnografía, ese escrito que negaba la condición de gente a los antillanos no merecía ningún respeto intelectual.

Deseaba invitar a mis estudiantes a articular alguna explicación convincente de la decisión de Naipaul de encumbrar el saber de detractores foráneos del Caribe armados con análisis e impregnados de constatables deficiencias por encima de la refutación conceptualmente rigurosa de su propio compatriota. Teníamos como invitado en el aula a un conocido profesor de letras especializado en el Caribe francófono, quien se interesó en participar en la conversación procediendo a aportar una lectura que buscaba hacer justicia al pensamiento colonialista europeo de detractar la persona antillana. Mirando las cosas objetivamente, el colega nos retaba a considerar el lugar desde el cual un Froude se expresaba. Nos instaba a tomar en cuenta qué entendía Froude por “personas”, proponiendo que si nos poníamos en su lugar entenderíamos que él en cierta medida tenía razón. Mis estudiantes no mostraron gran interés en dar seguimiento a la línea de análisis que proponía el colega y yo, por mi parte, hice honor a la cortesía que dicta la diplomacia académica. Pero en el fondo no lograba entender qué habríamos de ganar en términos de esclarecimiento erudito o de mejoramiento de las relaciones humanas en la sociedad con el ejercicio de identificarnos con la lógica colonialista que, tan acremente y por tantas generaciones, procuró descalificar a nuestros ancestros negándoles sostenidamente el derecho a afirmar su dignidad como miembros de la familia humana. Con el colega como invitado en mi aula, intentar refutar su lectura entraría en riña con las normas vetustas de la hospitalidad; así es que nos fuimos a pesquisar otras dificultades en la obra de Naipaul. Sin embargo, pude identificar en su lectura –un tanto fluida y ecuánime del discurso colonialista sobre la persona antillana colonizada– una tendencia que se ha hecho recurrente en la crítica cultural de los últimos tres lustros. Principalmente, académicos embebidos de las prácticas discursivas y la elasticidad ideológica que inspiran varios de los paradigmas posmodernos nos instarían a deponer posturas anticolonialistas beligerantes, recetando más bien la adopción de un entendimiento más matizado de la red de reciprocidad que ha ligado al opresor y al oprimido en un drama existencial difícil, quizás trágico, pero a fin de cuentas humano.

Hace poco me cayó en las manos un artículo de un estudioso de las letras caribeñas sobre las ideas del gran pensador haitiano Anténor Firmin –autor de

*L'égalité des races humaines*—, un enjundioso tratado antirracista publicado en 1885 como refutación a los argumentos racistas puestos en boga por el famoso *Essai sur l'inégalité des races humaines* (1853-1855) del antropólogo francés Joseph Arthur de Gobineau, quizás el más influyente popularizador de las tesis que defendían la supremacía de los blancos sobre las demás ramas de la población humana durante todo el siglo XIX y las primeras décadas del XX. El artículo en cuestión invoca la relación política de Firmin con ideólogos antillanos, prominentes para la época, como el puertorriqueño Ramón Emeterio Betances, el cubano José Martí y el dominicano Federico Henríquez y Carvajal, todos partidarios de una confederación antillana. Esa relación de Firmin con colegas de otros países y su simpatía con las causas que ellos representaban le sirve de base a nuestro articulista para intentar corregir toda la bibliografía sobre el pensador haitiano, quien ha sido identificado como un ferviente nacionalista, campeón de la raza negra y, como tal, precursor de la Negritud.

El artículo parece empeñado en actualizar a Firmin, protegiéndolo de aquellas interpretaciones que han enfatizado su trayectoria de guerrero nacionalista entregado a la protección de su país. La bibliografía sobre la sociedad haitiana no deja ninguna duda sobre la vulnerabilidad de Haití frente al expansionismo territorial estadounidense para finales del siglo XIX y principios del XX. Tampoco queda duda alguna de la intensidad que había alcanzado para la época el discurso negrofóbico en el mundo occidental y la necesidad que tenían los pueblos colonizados de combatir el discurso justificador de la supremacía racial blanca. No había, pues, causa más necesaria para los pensadores antillanos que la de usar las ideas para salvaguardar a sus pueblos de la rapacidad imperialista europea y norteamericana, lo cual implicaba un compromiso casi automático con afirmar la humanidad de los afrodescendientes por encima del poderoso evangelio caucásico que dominaba el discurso cultural. Pero el articulista que nos ocupa parece no percibir en ese compromiso un empleo suficientemente admirable del intelecto. Ello explica quizás su intento de actualizar a Firmin, mostrándolo como un alma sofisticada, ceñido a las más complejas nociones de identidad, con una sensibilidad bastante acorde con los planteamientos de muchos de los pensadores posmodernos de hoy. El artículo prefiere postular un Firmin que había trascendido las lealtades nacionales y se había movido más allá de la preocupación racial, como lo sugiere su asociación política con antillanos hispanos.

Realmente, cualquier lectura sería nos revelará que la obra de Firmin está repleta de enfáticas denuncias encaminadas a contrarrestar la estigmatización negrofóbica predicada por el racismo blanco. También encontraremos allí páginas

innúmeras invertidas en la afirmación recia del gran logro de Haití como nación independiente y el futuro esplendoroso que aún tenían la posibilidad de construir sus compatriotas. La dedicación de Firmin al mejoramiento de la sociedad haitiana se mantuvo a lo largo de su vida productiva, llegando incluso a involucrarse en la fragua de la política partidista. Se lanzó a una peligrosa campaña presidencial contra un gobierno inescrupuloso y posteriormente encabezó una de las facciones enfrentadas al desencadenar una guerra civil. Basten estos detalles para decir que negar la defensa que hace Firmin de la lucha negra por la igualdad racial y su devoción a la nación haitiana no puede dejar de parecer extraño. El reputado académico haitiano Pradel Pompilus llegó a compilar un escueto tomo sobre Firmin en el que selecciona y comenta pasajes que ilustran las opiniones del gran pensador sobre la historia, la civilización y las relaciones sociales. Lo llama *Anténor Firmin par lui-même* (1990) y ofrece como subtítulo “campeón de la Negritud y la democracia haitiana”, un epíteto que rezuma las nociones de raza y nación como énfasis centrales del conjunto de la producción intelectual en Firmin.

Más que una lectura minuciosa de la obra de Firmin, defensas como las que encontramos en el artículo aquí comentado se desprenden de las ansiedades que actualmente ocasiona la presión por alcanzar vigencia académica. También se derivan del predominio de una extraña ideología discernible entre muchos letrados que parece suponer que las luchas y los anhelos de los pueblos son distintos de los que fueron un siglo atrás. En ese sentido, habrá letrados capaces de imaginar que puede haber una actitud política más progresista que la de desear proteger el propio país de los depredadores imperiales o una visión más sofisticada de las relaciones sociales que desear la erradicación del racismo. No les hacemos ningún favor a intelectuales caribeños como Firmin con procurar disociarlos de las posiciones que los críticos posmodernos pueden haber declarado caducas. Firmin escribió en una época en la que Haití enfrentaba amenazas inminentes de ocupación militar estadounidense y la derogación de su soberanía en el contexto del dominio capitalista de un Occidente cristiano que se aferraba ferozmente a un credo de supremacía blanca. Proclamar la igualdad humana de los negros y defender la república haitiana en ese contexto era alcanzar la vanguardia de la intelectualidad progresista y ponerse en el pináculo de la ilustración moral.

Firmin y los pensadores caribeños de su generación no necesitan ser actualizados, es decir, curados del estigmatizado nacionalismo con el fin de hacerlos más aptos para la apreciación posmoderna. Si prestamos buena atención a sus palabras y acciones, encontraremos en realidad que, frente a las demandas de sus urgencias nacionales y regionales, ellos por iniciativa propia lograron paradigmas de identidad y pertenencia altamente refinados. Luchar hasta la muerte por la indepen-

dencia nacional, como lo hicieron Betances, Eugenio María de Hostos, Gregorio Luperón, Antonio Maceo, Lola Rodríguez de Tió, Martí, Nissage Saget y Firmin, no les impidió el trabajo resuelto por la unidad regional, la concepción de una república pan caribeña o pan americana o el auxilio a la lucha por la independencia de un vecino, ya fuera de manera simultánea a la lucha por la propia o en lugar de ella.

De manera similar, pronunciarse contra la supremacía blanca y enrolarse en la búsqueda negra de igualdad y justicia nunca excluyeron el reconocimiento de la unicidad fundamental de la familia humana. De las palabras y acciones de los líderes puertorriqueños, cubanos, haitianos y dominicanos que encabezaron el movimiento de independencia en el Caribe de finales del siglo XIX, en particular en las Antillas Mayores, se infiere su capacidad para combinar el nacionalismo, el regionalismo, el internacionalismo y el posnacionalismo en forma simultánea y sin contradicciones. En lo que respecta a las ideas actuales de identidad y pertenencia, varios de los pensadores caribeños y activistas políticos llevaban la delantera. Quizás, en lugar de buscar poner al día la producción intelectual caribeña del pasado con el fin de agradar al paladar teórico de las sensibilidades posmodernas de hoy, podríamos prestar un servicio más valioso a la región y al mundo señalando la medida en que la teoría crítica contemporánea podría beneficiarse de una mayor familiaridad con el precedente conceptual e imaginativo sentado por importantes voces del saber en el mundo antillano.

Conocernos a nosotros mismos, conocernos los unos a los otros y valorarnos mutuamente nos llevará a comprender que quizás no siempre tenemos que importar conocimientos, ideas o paradigmas conceptuales; que nuestra civilización le ha dado mucho al mundo y aún puede dar más, no solo en términos de recursos naturales y mano de obra para enriquecer a las potencias extranjeras sino también en la esfera de la producción de pensamiento. Tomando esto seriamente en consideración, también nos protegemos los unos a los otros. La necesidad de protección mutua mantiene su relevancia en la actualidad; en cierto sentido la presencia de detractores equivalentes a Edward Long, Trollope y Froude persiste. Véase en la celebración exaltada del tratado negrofóbico de Trollope por el popular autor de libros de viajes Paul Theroux (1999). El venenoso libro de Trollope aún pulula en la sección de viajes de librerías estadounidenses y británicas como fuente de educación sobre el Caribe para lectores del público en general deseosos de aventurarse a visitar la región. El menosprecio anti-caribeño sigue medrando en las plumas de escritores que uno no identificaría con el racismo rabioso, como el exitoso autor Simon Winchester, quien nos dio el memorable *The Professor and the Madman* (1999), libro que cuenta el drama fascinante detrás de la creación del *Oxford English Dictionary*.



En su libro *Atlantic: A Vast Ocean of a Million Stories*, publicado en el 2010, Winchester cuenta la historia del magnífico océano. El Caribe viene al caso mediante la mención fugaz de la isla Hispaniola. En un momento, el autor evoca lo que llama las *ciudades atlánticas*, entre las cuales sobresale Cádiz como espécimen característico. Cádiz muestra la supervivencia de antiguas grandezas, desplegando los remanentes de los romanos que la usaron como base naval, así como los rastros memorables de los fenicios y los cartagineses que se habían asentado previamente allí. En su visita a la ciudad, el autor se regocija con las “mansiones y palacios y las majestuosas plazas, todas construidas con la riqueza acumulada de dos siglos cuando Cádiz era la principal bodega ibérica para el comercio con el continente americano” (2010, 174). Cuando procede a trazar paralelos con Santo Domingo, ciudad ubicada 4.800 kilómetros al otro lado del océano hacia el occidente, pocos encantos, al menos inicialmente, se presentan a sus ojos. La describe así: “Mucho más de dos millones de personas se apiñan en la que en general es una fea y poco estimulante capital de una isla irredimiblemente corrupta y viciosa (compartida con Haití, y a medio camino entre Puerto Rico y Cuba)” (175).

Los lectores buscarán en vano cualquier detalle, a lo largo de las casi quinientas páginas que engordan el libro, que pudiera justificar la aspereza del juicio del autor. El texto no contiene ningún ejemplo de actos reprobables cometidos por la población de la Hispaniola. Por otra parte, los lectores buscarán igualmente en vano algún juicio de aspereza similar para describir a alguno de los países cuyos habitantes sí aparecen en el libro cometiendo grandes crímenes –Inglaterra, Francia, España, Portugal, Estados Unidos– e infligiendo enormes cuotas de dolor a poblaciones de diferentes partes del globo. Como el libro no cuenta nada que justifique la condena que hace Winchester de la Hispaniola, no puedo más que especular que sencillamente el autor ha dejado que su instinto cultural hable por él. Sencillamente, se ha valido acríticamente del corpus discursivo al que tradicionalmente apelan los observadores occidentales para hablar sobre el Caribe. Los lectores occidentales de Winchester no le exigirán sustentar su valoración de la isla puesto que fácilmente pueden entenderla reconociendo allí la simple alusión a un saber compartido.

Ya para finales del siglo XVIII, el compatriota de Winchester, el conde de Balcarres, gobernador de Jamaica, se pronunciaba con dureza sobre La Española. Los ingleses ya habían tenido que salir de la isla, y el ejemplo de la insurrección de los esclavos allí se confirmaba como una fuente de inquietud constante para los dueños de plantaciones en Jamaica. En correspondencia del 4 de julio de 1798, el gobernador declaró: “De ahora en adelante Santo Domingo puede considerarse una isla de bandidos” (Balcarres, 1978, 89). Aclaro que no me aventu-

raría a achacar a Winchester la intención consciente de difamar a dominicanos y haitianos. Más bien, además de lo ya observado, lo veo sencillamente haciéndose eco de un lenguaje establecido y dignificando la vieja práctica de hablar sobre los caribeños delante de ellos como si ellos no estuvieran presentes. Simplemente, no se le ocurre imaginarse a los haitianos o a los dominicanos ojeando las páginas de su grueso *Atlantic...* Asimismo, el artículo titulado “Santo Domingo” en la undécima edición, de 1910, de la *Encyclopædia Britannica* describe de manera similar a la población local en los términos más peyorativos; el autor de dicho texto evidentemente no contempló la posibilidad de que alguien de allí pudiera acceder a las calumnias de su prosa.

### **Conclusión: afirmarnos para sobrevivir**

La necesidad de conocernos, valorarnos y protegernos mutuamente en el Caribe sigue vigente. También necesitamos desarrollar la estrategia de afirmar los buenos productos del intelecto antillano. Debemos contribuir a legitimar la creatividad, la imaginación, el genio de la gente de esta región. A medida que nos conocemos mejor, podremos dar con recursos vitales que no sabíamos que teníamos y que podremos compartir en la construcción de nuestro bien común. Quizás aprendamos sobre productos que no necesitamos importar porque existen localmente, trátase de textiles, peces voladores o pensamiento crítico. Martí tenía en mente la necesidad de imaginar nuevos futuros caribeños en su época de incertidumbre cuando nos urgía a valorar “nuestro vino” aun cuando lo extrajéramos del plátano. Quienes nos ganamos la vida en la industria del conocimiento podemos comenzar por examinar las profundas implicaciones de las fuentes que citamos. ¿Consideramos el Caribe solo como fuente de materia prima a manera de datos empíricos? ¿Apresuramos automáticamente la mirada hacia la academia norteamericana o europea a la hora de identificar ejes de análisis y esquemas teóricos que nos ayuden a generalizar a partir de los datos empíricos que la experiencia caribeña nos brinda? Si la respuesta es sí, padecemos de un autodesprecio intelectual capaz de interferir con el desarrollo de nuestra sostenibilidad en la esfera de la producción de pensamiento, problema que corre paralelo a nuestra crisis de sostenibilidad en las áreas de alimentos y productos de consumo.

De ningún modo propondría una desvinculación radical de la tradición intelectual occidental. No podemos renunciar a ninguno de los legados que entraron en la mezcla para constituirnos. Pero una preocupación por la supervivencia regional exige que importemos solo lo que necesitamos. No sé cómo puede justificarse la escritura de un libro sobre un tema caribeño, o sobre cualquier tema para el caso, sin emplear fuentes caribeñas. Así, comparto la indignación de mi

colega de la Universidad de Syracuse Jean Jonassaint cuando se queja de que en todo el espesor de *Discours antillais* (1981), Édouard Glissant no cita una sola fuente de la crítica o la erudición caribeña. Creo que nuestra supervivencia como región y como área de vibrante civilización humana depende de nuestra capacidad de interrumpir las prácticas académicas que merman nuestra capacidad de conferir legitimidad a nuestras creaciones. Quizás podamos encontrar formas productivas de identificar el camino a seguir trascendiendo el panorama limitante que impone la metáfora insular para ver la región, acogiendo el desafío de las complejidades que trae consigo la continentalidad como recurso de percepción para comprender nuestro mundo y ejercitando la cautela cuando la compulsión sinecdótica quiera tomar control de nuestras mentes. La selección que hizo la Asociación de Estudios Caribeños de un orador principal proveniente de la costa caribe de Colombia y que se dirigirá a nuestra asamblea en lengua española me indica que tenemos como organización la apertura mental requerida para realizar un gran acto de autoescrutinio radical, lo único que podrá llevarnos a imaginar de manera productiva nuevos futuros caribeños en nuestra era de incertidumbre.

#### Obras citadas

- Balcarres, Earl of. "Cartas". *Toussaint Louverture* (ed.). George F. Tyson, Jr. Englewood Cliffs. Nueva Jersey: Prentice-Hall, 1978.
- Winchester, Simon. *Atlantic: A Vast Ocean of a Million Stories*. Nueva York: Harper, 2010.